

Nicolas Sarkozy

LOS AÑOS DE LAS LUCHAS

Traducción de Manuel Cuesta

Alianza editorial

Título original: Le Temps des Combats

Diseño de cubierta: Nuit de Chine

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© *Librairie Arthème Fayard, 2023*
© *de la traducción: Manuel Cuesta, 2023*
© *Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023*
Calle Valentín Beato, 21, 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-503-6
Depósito legal: M. 28.353-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Palabras preliminares

He querido tomar al lector de la mano, hacerle vivir mis años en el Elíseo como si hubiese estado a mi lado a lo largo de todos aquellos acontecimientos. Me ha parecido lo más natural, teniendo en cuenta que esta historia no me pertenece más a mí que a cada una de las personas que me den la inmensa alegría de leerla. Aquellos momentos compartidos, que muchos conservan en la memoria, constituyen una parte de nuestro patrimonio común, de nuestra identidad, de nuestros recuerdos ocultos; pero siguen vinculados a instantes de cada una de nuestras vidas privadas. No he tratado de organizar mi relato en torno a temáticas o a conexiones programáticas. He seguido, por supuesto, un hilo cronológico; pero, a medida que avanzaba en la narración de aquella parte de mi vida, los sentimientos que iba experimentando han marcado siempre el ritmo del relato. El resultado será menos académico. La exposición, probablemente más entrecortada. La construcción, menos coherente. Pero mi prioridad ha sido intentar mantener el interés del lector haciéndole compartir aquella vida de presidente de la República desde dentro. Los acontecimientos se precipitan. Los calendarios se interrumpen. Y así he querido que sea para que cada uno de ustedes pueda vivir junto a mí, con la misma intensidad, todos aquellos años. Tal era, en cualquier caso, mi intención. Mi objetivo último consistía en poner sobre la mesa la verdad de las emociones que experimenté al hallarme frente a los avatares y

tormentos de la historia contemporánea. He dado la espalda deliberadamente a la fría objetividad, al triste rigor de un relato exclusivamente fáctico, pretendiendo con ello preservar el calor de las emociones, los sentimientos y las pasiones que siempre me han animado. Se trata de un relato ardiente que me ha encantado escribir desde la primera línea hasta la última. El mero hecho de que ustedes se hayan tomado la molestia de abrir este libro me basta. Como apasionado que soy de la lectura, mi mayor deseo sería que este nuevo encuentro confirmara esa máxima que suelo citar de que «el libro es del lector en la misma medida que del autor». Compartir ha sido siempre la razón profunda de mi vida. Espero que sientan ustedes, a través de estas páginas, hasta qué punto he querido a Francia y que los franceses me quieran.

Siempre he desconfiado de la nostalgia. Se trata, sin duda, de un sentimiento natural al que todos podemos tener la tentación de sucumbir en algún momento de nuestra vida. Y yo, lógicamente, no soy una excepción a esa regla. Más de una vez me he sorprendido pensando, diciendo e incluso creyendo que «el mundo de antes» era mejor, más interesante, más brillante, más profundo. Pensando así, me dejaba llevar por una inercia ridícula que me empujaba a incluirme en esa visión tan benévola del pasado, de mi pasado.

Me olvidaba de que, en mi época, personas mayores que yo debieron de experimentar exactamente esas mismas sensaciones. Y esta sencilla constatación habría de bastar para curarnos definitivamente de esa querencia, más inmadura que otra cosa. A eso se añade que la memoria y el recuerdo son unos compañeros aduldadores. Tendemos, en efecto, a magnificar lo positivo y, viceversa, a olvidar lo negativo. Se exagera la dicha. Las penalidades a menudo se desdibujan. Parece una buena estrategia, así las cosas, mantenerse alerta para no caer en esa trampa de una «nostalgia feliz» que es capaz de distorsionar rápidamente todas las perspectivas, oscureciendo el presente y embelleciendo el pasado.

Esta desconfianza se vuelve aún más necesaria cuando se pretende, como es mi caso ahora, volver sobre unos hechos que ya quedan lo suficientemente lejos como para permitir un análisis más objetivo, pero no tanto como para haber sido sepultados por el

rigor de la gran historia. Añado que me gustaría que estos acontecimientos que he compartido con los franceses puedan serles útiles de cara tanto a su presente como a su futuro. Estoy convencido de que se insiste demasiado en las diferencias entre las épocas cuando lo cierto es que tienen infinidad de elementos comunes, sobre todo tratándose de lo esencial: de los miedos, de las esperanzas. Eso del «mundo nuevo» es una quimera, un timo, una ilusión de lo más vulgar. Las enseñanzas del ayer pueden ser instructivas para el mañana. La vida no es una página en blanco, es un *continuum*...

Quiero explicar, por supuesto, del mejor modo posible —o con la mayor sinceridad posible— los motivos de esta o aquella decisión, el porqué de tal o cual acontecimiento, la concatenación de hechos que pudo desembocar en un fracaso, en un error o, de vez en cuando —aunque con menos frecuencia—, en un éxito. Pero voy a intentar hacerlo sin perder de vista nunca la relación con el presente, de manera que aquellas experiencias puedan resultar beneficiosas para la comprensión de los tremendos desafíos a los que han de hacer frente el mundo occidental en general y Francia en particular.

*
* *

Estoy convencido de que nos hallamos ante una crisis en términos de civilización, ante un completo cambio de paradigma, y de que asistimos a un desplazamiento del eje de nuestro planeta. Hasta el último tercio del siglo xx, dicho eje estaba sólidamente instalado en el oeste. De un tiempo a esta parte se ha trasladado hacia el este. Nosotros, los europeos, éramos el centro del mundo. Ya no lo somos. Asia se ha convertido en el principal eje estratégico. Antes éramos nosotros quienes dominábamos. Ahora estamos pasando a ser los dominados. Y esta constatación, por monstruosa que resulte, se ha vuelto insoslayable. No se trata ni de declinismo ni de pasadismo; menos aún de una depresión pasajera. Es un hecho que conviene tener presente, describir e intentar explicar.

Hay una razón objetiva para esta nueva situación, y no es la menos importante. Me refiero a la demografía. Las cifras son in-

contestables: todo Occidente —es decir, básicamente Estados Unidos y Europa— cuenta hoy con algo más de ochocientos millones de habitantes. ¿Qué peso va a tener frente a Asia, que cuenta con cuatro mil quinientos millones? India y China superan con creces los mil millones. El 60 % de la humanidad vive en Asia; en Occidente, apenas un 10 %. Esto es algo de una relevancia enorme, pues el factor determinante de la historia suele ser la demografía. Rara vez se ha verificado lo contrario. Podría replicarse que las cosas pueden cambiar, que nada es definitivo. Y es cierto, pero nada garantiza que, en tal caso, el cambio fuese a beneficiarnos a nosotros. Si mañana el eje del mundo tuviese que volver a desplazarse, parece bastante verosímil que eso beneficiase a África, que en menos de treinta años tendrá dos mil quinientos millones de habitantes frente a sus mil trescientos millones actuales.

De todos los desafíos del planeta, el demográfico probablemente sea el más peligroso, el más difícil y, al mismo tiempo, el que peor se conoce. En el lapso que dura una vida, la población mundial se ha multiplicado nada menos que por tres. Cuando yo nací, éramos dos mil quinientos millones; hoy somos siete mil quinientos millones. Algo nunca visto. Y lo peor es que todo sigue acelerándose exponencialmente. Es extraño que se oiga hablar constantemente del desajuste climático —que es algo muy real—, pero que no se diga una palabra sobre el desajuste demográfico, que resulta que es la causa principal del primero. La obcecación es total. Hay un silencio absoluto, como si cualquier reflexión sobre la necesidad de planificación familiar fuese inconveniente —o cuando menos políticamente incorrecta— si se hace con referencia al ámbito mundial. Lo más chocante es que ni siquiera existe una organización mundial dedicada en exclusiva a la observación de las evoluciones demográficas. No es posible analizar —huelga aclararlo— una evolución que no nos tomamos la molestia de observar, salvo quizás de lejos y de manera episódica. Porque es verdad que, cada año, la División de Población de la Organización de las Naciones Unidas publica proyecciones demográficas; pero cualquiera entiende que eso es prestar una atención insuficiente a un asunto de tamaño magnitud.

Me preocupa, en efecto, que esta evolución se traduzca finalmente en una tragedia para la humanidad. Las últimas cifras son escalofrantes: para finales del siglo se estiman once mil millones de ha-

bitantes. Es una situación que la humanidad no ha conocido nunca. Hay quien se queda tan tranquilo prediciendo una estabilización de la población mundial a lo largo de la segunda mitad del siglo XXI. Pero el nivel de esa supuesta «estabilización» será, además de muy elevado, eminentemente aleatorio y en ningún caso cambiará nada en lo que se refiere al desequilibrio inmenso entre Asia y Occidente.

*
* *

A esta constatación objetiva se suma un error de diagnóstico cuyas consecuencias aún no hemos sido capaces de calibrar en su totalidad. Lo que conforma la riqueza del mundo —de nuestras sociedades, de nuestras familias— son esas «diferencias» que no dejan de entremezclarse, de potenciarse, de alimentarse: diferencias culturales que permiten la competición, la emulación y el progreso; diferencias personales en el seno de una misma familia que legitiman y crean la diversidad de recorridos y de maneras de realizarse; diferencias de gustos —de talentos, de orígenes, de inteligencias— que generan la abundancia y la riqueza de la vida en todas sus formas. No fue, por lo demás, sino esa «efervescencia primitiva» lo que permitió la eclosión de la vida bajo millones de facetas distintas. Pues bien: es fácil constatar hasta qué punto la diferencia ha dejado de estimarse en nuestras sociedades europeas; concretamente en Francia, donde a menudo se la vive como un peligro. Todas las cabezas que sobresalen han de ser eliminadas porque resultan molestas para «el resto»; en cualquier caso, para aquellos que no sobresalen. Y eso se traduce en una voluntad proteiforme de tutelar a dichas cabezas, de banalizarlas, de nivelarlas y, por encima de todo, de ponerles un tope. La herramienta de esa estandarización generalizada lleva un nombre: el de la reivindicación igualitaria a cualquier precio y bajo cualquier forma.

El «igualitarismo desafortado» es la nueva fórmula mágica, la exigencia compartida por todos sin distinción. No es la igualdad, sino una exageración desmesurada de esta lo que ha pasado a ser el alfa y el omega de todos los discursos. Todos reposan en el mismo presupuesto, al que no cabe objetar nada u oponer ningún lí-

mite. La nivelación por lo bajo ha pasado a ser, frente a lo que aconsejarían el sentido común y la meritocracia, el nuevo El Dorado. Es decir: que, para ser felices, nuestras sociedades deben aliarse con el menos bueno que haya entre nosotros. Más vale ser todos pobres que arriesgarnos a que algunos puedan enriquecerse. Como si estuviéramos todos adscritos al mismo ideal, a la misma vida, a las mismas perspectivas y, en ocasiones, a la misma falta de ambición. Por supuesto, y nuestro lema republicano nos lo recuerda, debemos ser fraternales, pero con la condición expresa de encajar en el molde hecho a medida por los bienintencionados, para constreñir mejor a todos aquellos que se desvían de la norma. La casta quiere, en efecto, que seamos libres... pero siempre y cuando aceptemos una vida coartada. Pero resulta que las personas somos todas distintas: eso es un hecho. No somos iguales ante la enfermedad. No tenemos todos la misma estatura, ni el mismo peso, ni la misma apariencia. Hay quien tiene más energía. Otros tienen un don para la música, para el dibujo, qué sé yo. La reivindicación igualitarista sirve, en realidad, para enmascarar unos sentimientos infinitamente menos nobles, por ejemplo, la envidia. En Francia hay quien se mueve por esta última y preferiría que sus vecinos ganasen menos que él antes que ver a su propia familia vivir mejor. De modo que me arriesgo a ir contra corriente al confesar que me gusta mucho más la palabra «diferencia» que la palabra «igualitarismo». La primera me agrada. De la segunda desconfío. Considero que ambas son incompatibles.

No cabe afirmar que se prioriza la igualdad y profesar, al mismo tiempo, el respeto por las diferencias. Se trata de un objetivo inalcanzable, ya que ejercer ese respeto requiere tener en cuenta tantos particularismos que no puede verse obstaculizado por la posibilidad de dar más o de tratar mejor a quienes más lo necesitan. Ahora bien: el camino de la armonía, de la felicidad y del equilibrio reside, para nuestras sociedades, en el acompañamiento, en el respeto, en el desarrollo de las diferencias. A cada uno según sus méritos, sus gustos, su voluntad propia; que el Estado, el marco de la nación, la Administración, estén ahí para garantizar y hacer cumplir los límites que han de permitir la vida en sociedad. De otra manera, no veo que esa obsesión igualitaria y normativa, esa nivelación, puedan llevar sino a la catástrofe de una decadencia anunciada y, por lo demás, activa ya desde hace tiempo...

Me hago cargo de la ardua pendiente que hay que remontar para convencer de este cambio de rumbo a mi juicio tan necesario. Mis oponentes dirán, por ejemplo, que desdeño la prioridad de la igualdad entre hombres y mujeres. Lejos de mí la idea de rechazar un objetivo tan altamente deseable, pero resulta que se podría alcanzar con más rapidez, y sobre todo con más eficacia, si nos decidiésemos a optar por el camino de la consideración de las diferencias —concretamente de las que se dan entre los sexos— en lugar de insistir en negarlas. Apelarán igualmente, estoy seguro, al peligro de que nuestras sociedades se dividan, o incluso al del ascenso del comunitarismo en caso de que cada cual pueda construir su propia vía al éxito o al desarrollo personal. Para mí se trata justamente de lo contrario: estoy íntimamente convencido de que es la rigidez lo que lleva a la división y a la ruptura, y no al revés. El comunitarismo, por su parte, viene dado por identidades negadas, humilladas y no reconocidas; jamás por el reconocimiento y el respeto. A lo largo de estas páginas tendré ocasión de desarrollar y aclarar mis convicciones poniéndolas en diálogo con los acontecimientos que viví y las decisiones que hube de asumir.

Me permito unas últimas palabras de introducción para decir hasta qué punto haría falta que la escena política actual se regenerase con debates nuevos, libres, respetuosos y, sobre todo, desembarazados del temor a lo políticamente correcto o al linchamiento mediático, tan dispuesto siempre a estigmatizar, a caricaturizar, a cortarle la cabeza a cualquier mensajero que traiga un discurso diferente. Considero que, en el lugar que ocupó de un tiempo a esta parte, es mi deber mantenerme libre para contribuir a abrir debates que puedan resultar útiles para el futuro de Francia.

De hecho, durante las últimas elecciones presidenciales de 2022 ya hice uso de esa libertad para apoyar la candidatura del actual presidente de la República, Emmanuel Macron. Haciendo lo cual, sorprendí a algunos, decepcioné a otros —seguramente a bastantes— y tranquilicé, o eso quiero pensar, a la mayoría, que desde luego no esperaba que la decisión de un expresidente de la República obedeciese única y exclusivamente a consideraciones sectarias y partidistas. No me arrepiento de aquella decisión. Volvería a hacer lo mismo, llegado el caso. Pero quiero precisar y explicar, porque hasta ahora no lo he hecho, que aquello no comportaba una adhesión «fanática» al balance de los cinco años del Gobierno

saliente; que aquello no implicaba un entusiasmo ardiente por la persona del presidente, y que no había, sobre todo, la menor expectativa de recibir ninguna respuesta o contrapartida. Se trataba, sencillamente, de expresar una opción por la responsabilidad. Ambas palabras tienen, en mi opinión, un sentido profundo. Una «opción», pues el hecho de elegir no es jamás —y eso incluye aquella elección mía que nos ocupa— la expresión de un ideal absoluto, sino una selección entre lo posible y lo peor. Raymond Aron estaba en lo cierto: «La opción política no es entre el bien y el mal, sino entre lo preferible y lo detestable».

Pues bien: optar por la extrema izquierda suponía, sin perjuicio del gran talento de su líder —Jean-Luc Mélenchon—, tomar como modelo las páginas más violentas de nuestra historia —la Comuna, el Terror— e incluso asumir, ya puestos, aquella caricatura del apogeo del comunismo que planteaba Georges Marchais, quien se atrevía a hablar de un «balance globalmente positivo de la Unión Soviética»; convertir en un principio de gobierno, en resumidas cuentas, que todo el mundo odie a todo el mundo. Eso yo, naturalmente, no me lo he planteado jamás. Los ecologistas habrían podido ser una opción. ¿Quién iba a estar contra la defensa de la naturaleza y la biodiversidad o a favor de la desregulación de la economía de mercado? Nadie. Y, sin embargo, basta oír a esas mismas personas echar pestes sin cesar contra la energía nuclear —que tanta falta nos hace—, contra el progreso científico —tan necesario para el futuro de la humanidad—, contra el hombre —al que acusan de todos los males—, contra los árboles de Navidad, contra el Tour de Francia... para salir corriendo, preguntándose qué habrá hecho nuestra sociedad para engendrar un pensamiento tan equivocado y, en última instancia, tan peligroso. Dice un refrán francés que el infierno está pavimentado de buenas intenciones. ¿Hay un modo mejor de ilustrarlo que con los ecologistas?

En cuanto a Marine Le Pen, hay que decir que ha progresado mucho. Se prepara mejor los temas y expone sus planteamientos con más calma, fuerza y moderación. A mí nunca me gustó que la demonizaran. Por otra parte, ¿cómo es posible acusarla de no ser demócrata y permitirle, al mismo tiempo, presentar candidatos por doquier hasta sacar ochenta y nueve diputados? No tiene mucho sentido que a quien participa en unas elecciones y obtiene unos magníficos resultados se le pueda luego reprochar que no ha

respetado las reglas democráticas. Es absurdo. De hecho, la presidencia de la Comisión de Finanzas debería haberle correspondido a un miembro de su grupo parlamentario. Ese era, en efecto, el espíritu de la reforma de la Constitución que yo quise e hice adoptar en 2008. El principal grupo de la oposición de la Asamblea Nacional es el de la Agrupación Nacional, le guste o no a uno. Y eso quiere decir que se ha desvirtuado la norma. Quien pretenda dar lecciones de respeto a las reglas de la democracia debería evitar colocarse en situación de recibirlas. De todas formas, Marine Le Pen, a quien tanto le gusta criticar mi gestión y que fue una adversaria constante —igual que su padre—, debería reconocer que tuvo una grave responsabilidad en la elección de François Hollande, cuyo ejercicio fue calamitoso, como ahora todo el mundo sabe. Porque entonces ella no tuvo escrúpulo alguno en hacer un llamamiento a votar en mi contra y, por tanto, a favor de él. De manera que el balance de la gestión de Hollande también le atañe a ella. Por lo demás, su falta de experiencia y de cultura, su desconocimiento de los engranajes del Estado, lo exacerbado de algunas de sus convicciones y la personalidad de no pocos de sus elegidos me hacían ver su elección como una opción imposible, cuando no indigna. No se puede dejar Francia en manos de unos diletantes.

Quedaba mi propio partido. A este asunto le di muchas vueltas. Yo lo había creado al darle su nombre, Los Republicanos. Había organizado las primarias, en las que participaron cuatro millones de electores. Tengo allí infinidad de amigos. Quiero a sus altos cargos y a sus militantes, hacia quienes mantendré una gratitud eterna mientras viva. Ellos son mis mejores recuerdos. Lo que vivimos juntos durante todos esos años nadie lo va a poder borrar. Si algunos dicen que quieren «pasar página», será porque no han entendido que no se trata de una página, sino de un libro entero. Así de largo fue el camino que enfilamos juntos... No optar por nuestra candidata, Valérie Pécresse, fue un tormento personal, pero, tras reunirme con ella varias veces, en seguida comprendí que aquella posibilidad no era viable. No para mí, sino para nuestro país. La candidata, por muy buena voluntad que tuviera, no estaba lista. No contaba ni con el equipo ni con la madurez necesarios para afrontar semejante prueba. El listón estaba demasiado alto, como el resultado puso de relieve. Yo presentía una catástrofe. Fue un fiasco. Y así fue como, por primera vez en cuarenta años de vida

pública, no opté por la candidata de mi propio partido. (Y al parecer fuimos unos cuantos los que nos encontramos en tal situación, porque Valérie Pécresse quedó por debajo del umbral del 5 %.) Experimenté una gran tristeza ante aquel estropicio. Habría sido posible, cuando no fácil, hacer las cosas de otro modo. Pero llorar sobre la leche derramada no lleva a ninguna parte. Probablemente este sea el momento, para mi familia política, de hacerse las preguntas adecuadas y, sobre todo, de intentar ofrecer las respuestas debidas. Los Republicanos tienen un vivero de talentos en la línea de su presidente, Éric Ciotti, a quien en los últimos tiempos no han faltado el coraje y la energía. Cada vez que ha asumido riesgos, ha sido capaz de sacar a relucir cualidades que de entrada no se le atribuían. Él es la sorpresa positiva de estos últimos años. Y otro tanto rige para mi exministro Laurent Wauquiez, a quien siempre he considerado el más brillante de su generación. Me lo sigue pareciendo. A él le corresponde ahora saber arriesgarse saliendo de su zona de confort. Si quiere, puede. A ellos les toca hoy encontrar el camino para imponer sus ideas y su liderazgo. No me corresponde a mí hacerlo, por más que vaya a estar disponible siempre para ayudar a la reconstrucción de una derecha abierta, resuelta y orientada al futuro. El espacio existe. La expectativa es inmensa. Estoy convencido de que esta familia no está condenada a la desaparición, a pesar de las desilusiones de estos últimos años y de las ridículas batallas internas.

*

* *

El año 2009 empezó con el tradicional ritual del discurso de apertura del año. Es un ejercicio difícil, pues siempre está a caballo entre las reglas de la cortesía y la consideración —donde es de buen tono no decir nada que pueda prestarse a polémicas—, y esa expectativa mediática que no se sacia nunca y, ávida tras los días de ayuno de Navidad y Año Nuevo, espera que el presidente salga con iniciativas, decisiones o, por lo menos, declaraciones rotundas. A razón de tres o cuatro discursos diarios, uno acaba calibrando bien el riesgo de cansar a una opinión pública empachada

de informaciones múltiples o de pronunciar, por descuido, una palabra desafortunada que bastaría para estropear un comienzo de año que se presentaba, por la crisis financiera mundial, bajo los peores auspicios. De manera que aquel año traté de ampliar mis márgenes de maniobra empezando con un recorrido por Oriente Próximo en el que preveía visitar, al menos, cinco países en tres días: Egipto, los Territorios Palestinos, Israel, Siria y el Líbano. (En realidad se trataba más de escalas que de auténticas visitas.) Ese tipo de visitas siempre me gustaron. Los asuntos exteriores me apasionaron desde el primer momento. El descubrimiento de nuevos interlocutores no ha dejado de fascinarme nunca.

Al presidente de la República esos paréntesis internacionales le suponen un oasis, un respiro. De repente, las agotadoras servidumbres cotidianas quedan atrás. Se desvanece la brutalidad del debate nacional y de sus actores habituales, portadores de tantos rencores y tantas hostilidades —porque entienden que uno está ocupando el sillón que les correspondía a ellos—. Hasta los interlocutores de la prensa cambian: los especialistas en política ceden provisionalmente su sitio a los expertos en asuntos internacionales. A menudo pensé que, con aquel trueque, difícilmente podía yo salir perdiendo. Siempre volví de mis viajes al extranjero más rico en conocimientos y en experiencias, mejor informado de otras realidades. Y necesitaba ver Francia desde lejos para conocerla más de cerca. Puede que suene paradójico, pero así lo viví yo. Tenía una percepción más nítida de nuestras fuerzas y nuestras debilidades al compararlas con las de otros países. Me inspiraba en iniciativas adoptadas por otros jefes de Estado y de Gobierno. Me planteaba estrategias para desarrollar mi obsesión: la influencia de Francia.

Una vez más, la situación se había deteriorado muchísimo entre Israel y Hamás. Como de costumbre, las responsabilidades estaban repartidas: Israel había lanzado una ofensiva terrestre contra Gaza; Hamás seguía disparando cohetes contra Israel. Catorce años después de aquellos hechos, se impone constatar que la situación sigue siendo estrictamente la misma. El conflicto sigue igual de caliente; las conversaciones, igual de frías; las perspectivas de paz, cada vez más lejos. El callejón sin salida es total. La obcecación es absoluta. Para colmo, ya nadie quiere —o al menos intenta— hacerse cargo del asunto. Tiene uno la sensación de que ya ningún dirigente del mundo se siente investido de la responsabili-

dad de encontrar una solución. Los propios medios de comunicación hablan del asunto infinitamente menos que hace unos años. Ya ni siquiera se trata de un diálogo de sordos: directamente ha dejado de haber diálogo. Los protagonistas ya no disimulan: o se ignoran o se lanzan invectivas. Yo mismo he pensado, durante mucho tiempo, que la solución podría venir dada por la intermediación de grandes padrinos poderosos y comprometidos como Estados Unidos, Arabia Saudí, Egipto o incluso Europa. Mi viaje no era, por lo demás, una excepción a la regla, pues yo trataba a mi vez de implicar al presidente egipcio (Hosni Mubarak) y al presidente sirio (Bashar al-Ásad) con el primer ministro israelí (Ehud Ólmert) y con el presidente de la Autoridad Palestina (Mahmud Abás). Fue inútil: cada cual estaba encerrado, a pesar de su aparente buena voluntad, en sus propios intereses, en sus contradicciones y, sobre todo, en su red de amigos, integrada a la vez por sus protectores y por quienes estaban en deuda con ellos.

Hoy tengo la certidumbre de que, en realidad, nada será posible sin voluntad de los israelíes y la Autoridad Palestina. Ellos son los únicos que deben y pueden hacer las paces. Sin esa voluntad inicial de reconciliación y lucidez, no va a avanzar nada. Digo «lucidez» porque los adversarios más acérrimos de Israel han de entender que la comunidad internacional no se va a replantear nunca la existencia de ese país, cuya aparición fue uno de los mayores acontecimientos de la segunda mitad del siglo XX; y nadie en su sano juicio va a aceptar que se cuestione eso. En sentido inverso —y paralelamente—, ¿alguien puede concebir que los palestinos, con su importante crecimiento demográfico, renuncien a poseer su propia patria? En la medida en que ninguno de sus vecinos árabes parece dispuesto a dejarles el menor espacio en su país, la cuestión de la necesidad de un Estado palestino no lleva trazas de decaer. De manera que palestinos e israelíes están condenados, y por mucho tiempo, a vivir los unos al lado de los otros. Los países no cambian de domicilio, no se mudan. La alternativa es, por tanto, binaria. O se soportan o se enfrentan. Es decir, que, a semejanza de lo que fueron capaces de construir los alemanes y los franceses al término de la Segunda Guerra Mundial, la única perspectiva que queda es la reconciliación. Es solo una cuestión de tiempo. Y se ha desperdiciado ya mucho. Demasiados niños de esa tierra han perdido en ella la vida inútilmente. Hay que poner coto a semejante estropicio ya.

A quienes esto que digo les parezca iluso o idealista les voy a contestar que, con la paz, todo serían beneficios y, con la guerra, todo desventajas. ¿Por qué considerar, entonces, que optar por lo peor sería lo más realista? Quiero decir asimismo que la cuestión del Estado de Israel va más allá del mero problema de la identidad judía. Tras las atrocidades del Holocausto, Israel se convirtió en el símbolo del renacimiento de la civilización frente a las fuerzas del mal. Ese país nació de lo peor, del desastre, de la inhumanidad desatada durante una guerra mundial; jamás podrá llegar el hombre más lejos en la abyección. Israel es la respuesta a ese derrumbe moral. Es un símbolo que no se va a poder borrar nunca. Por eso he sostenido siempre que Francia tenía que mantenerse al lado de Israel. (Incluso militarmente, si su existencia se viera algún día amenazada.) Es una cuestión de principios y de prioridades, cosa que en absoluto excluye la posibilidad de expresar desacuerdos —llegado el caso, profundos— con los dirigentes de ese Estado. El primer ministro Ehud Ólmert estaba dispuesto a llegar bien lejos en la dirección de la paz. Me lo dijo personalmente. Era sincero, pero se puso manos a la obra demasiado tarde. Sus apuros de política interior ya no le permitían contar con la autoridad y la legitimidad necesarias para tomar iniciativas valientes. De modo que aquella ocasión se desaprovechó y ambas partes perdieron mucho: los palestinos siguen sin tener su tierra; los israelíes continúan perdiendo, con la regularidad de un metrónomo, todas las guerras de comunicación. A la larga, eso podría convertirse en una amenaza muy seria...

Una preocupación completamente distinta tenía en la cabeza con el Líbano. Ese pequeño país, al que durante mucho tiempo se ha llamado «la Suiza de Oriente Medio», representaba un milagro: el de una coexistencia jamás pacífica pero a fin de cuentas aceptada —o al menos tolerada— de comunidades diversas. El drama de Oriente es que, teniendo una identidad múltiple, su presente se ve saboteado por pulsiones tendentes a excluir del ámbito nacional al vecino «diferente». Oriente necesita esa diversidad que le es consustancial, y, sin embargo, parece fascinado precisamente por esa pureza étnica o religiosa que enfrenta sin cesar a unas comunidades con otras. Irak y Siria son los ejemplos más caricaturescos y tristes. Estos países ofrecen, en ese sentido, un espectáculo tan desolador como desesperante. El Líbano sigue siendo uno de los úl-

timos refugios de esa diversidad tan necesaria. Allí se ven chiíes, suníes, cristianos, drusos de la montaña y tantos otros. La pregunta es cuánto tiempo va a seguir siendo así, teniendo en cuenta hasta qué punto se han exacerbado las tensiones. La comunidad internacional tendría que movilizarse hoy mucho más para ayudar, preservar y proteger a ese país tan cercano a Francia por su cultura y su historia. Allí las reglas de la democracia no se pueden aplicar en su rigor implacable, pues la adopción de una disciplina exclusivamente mayoritaria supondría la desaparición del Líbano diverso y múltiple, cuyo lugar ocuparía un Líbano chií a merced de Irán, que ya utiliza sin ningún pudor a este país al servicio de sus intereses propios. Salvar al Líbano significa preservar esa concepción que tenemos de un Oriente fiel a su cultura y a su historia, las cuales se han forjado a base de mezcolanza, encuentros, influencias, contradicciones y diferencias. Ese país representa mucho más que su población o su superficie. Constituye, igual que Israel, un símbolo. Y dejar morir un símbolo equivale a aceptar la desaparición de una parte de nuestra humanidad, de nuestra civilización, de nuestra historia. Porque no todo se reduce a las cifras, a los kilómetros cuadrados, a los intereses económicos. La memoria del mundo no puede prescindir de un Líbano libre y, sobre todo, vivo...

Tenía que visitar, una vez más, a la FINUL (Fuerza Interina de las Naciones Unidas en el Líbano) y a nuestros soldados franceses presentes en el sur del país para garantizar la independencia y la soberanía de nuestros hermanos libaneses. Yo en absoluto cuestiono la legitimidad de este contingente destinado a proteger, bajo el mando de la ONU, ese territorio tan amenazado. Lo que sí me da que pensar es la duración interminable de la misión. No hace menos de cuarenta y cinco años que hay tropas francesas desplegadas en esa zona. Eso es mucho, mucho tiempo, muchísimo tiempo... Entre otras cosas porque, poco a poco, se va percibiendo al ejército francés como una fuerza de ocupación. Es algo inevitable, por muchas precauciones que se tomen. Pero resulta que a nosotros no nos cuadra ese papel. Nuestras fuerzas han de ser enviadas para intervenir en un «conflicto caliente»: hacer uso de la fuerza —tan necesaria— y volver a marcharse una vez efectuada la primera labor quirúrgica. Y eso vale para el Líbano, para Mali, para la República Centroafricana o para Costa de Marfil. Es la única manera de evitar las polémicas, las falsas acusaciones, las hipocresías y las

manipulaciones, inevitables en casos de presencia prolongada. Así, del mismo modo en que estuve de acuerdo con el envío del contingente Barkhane al Sahel para hacer frente a los yihadistas, también critiqué su eternización. Aquella operación no tendría que haber durado más que unos meses. ¿Cómo iba a poder controlarse un territorio el triple de grande que Francia con cuatro mil hombres? No tenía ningún sentido. Por no hablar de que así se dejaba al ejército francés a merced de las maledicencias capciosas del dictador militar de turno. Del mismo modo, si bien la operación Sangaris permitió evitar importantes matanzas, nosotros no tenemos mayor interés en mantener separados a largo plazo a cristianos y musulmanes en la República Centrafricana. En el mejor de los casos, no podremos hacer nada; en el peor, pasaremos a ser nosotros el objetivo. Los grupos carentes de cualquier tipo de legitimidad necesitan, en efecto, designar un enemigo en la esperanza de que así se olviden sus propias negligencias.

Nuestro país debe desempeñar un papel en la escena internacional. Su papel. En absoluto es un asunto de orgullo nacional, de presunción o de ego, como a menudo sostienen tantos comentaristas que miden el poder de Francia con el rasero de sus propias y pobres capacidades imaginativas o proyectivas. Para Francia, la ambición de desempeñar un papel no es una opción o una alternativa: es un asunto de identidad nacional. Nosotros no conocemos la medida, el punto de equilibrio, el término medio. Necesitamos algo «grande» porque, de lo contrario, nos entregamos a lo peor. Y toda nuestra historia lo ejemplifica del modo más palmario. Los franceses experimentan siempre la exigencia de vivir un gran proyecto, una gran ambición, una visión incandescente. Solo tales perspectivas son capaces de canalizar su energía, esa energía que constituye nuestra mayor baza y nuestro mayor punto débil. Digo que constituye nuestra mayor baza porque nos permite afrontar ese género de retos desaforados que han marcado tantas páginas gloriosas de nuestra historia. Francia está dotada de talentos múltiples, de temperamentos originales, de creadores asombrosos. Nosotros somos capaces de hacer un montón de cosas que los demás no podrían acometer. Y, al mismo tiempo, una especie de masoquismo nacional nos hace caer con frecuencia en lo peor inmediatamente después de haber encarnado lo mejor...

*

* *

Era evidente que no podía prolongar mi estancia en Oriente Próximo. Tenía que pronunciar ante los franceses el discurso de apertura del año. Los pocos días de descanso de finales de diciembre los había pasado trabajando a maticaballo en el plan de gobierno para la vuelta de las vacaciones. Era absolutamente necesario retomar la iniciativa en el ámbito nacional. La impresión general era que la presidencia francesa de la Unión Europea había sido un éxito. Otro tanto, la gestión de la grave crisis financiera mundial. Pero teníamos que recuperar el impulso. Tanto económica como políticamente.

Económicamente porque nuestra economía, como la del resto de países, estaba anémica. Políticamente porque la crisis había anestesiado temporalmente las críticas. Sin embargo, el final de la depresión es siempre el momento más peligroso. Al contrario de lo que se cree, las verdaderas dificultades se presentan, con mucha más frecuencia que durante la crisis, una vez que esta ha terminado. Sucede igual que cuando las fieras salen de la jaula tras el espectáculo: los domadores saben que esa parte es la más delicada de gestionar; es en ese momento cuando se producen la mayoría de las tragedias.

Yo quería, fiel a mi estrategia constante, dejar fuera de juego a todos mis oponentes imponiéndoles un calendario de reformas e iniciativas frenéticas. Deseaba que Francia aprovechara aquella gran conmoción financiera mundial para intentar reventar, uno a uno, los cerrojos de los conservadurismos sindicales, corporativistas o políticos. Por otra parte, tampoco me desagradaba desestabilizar a mis opositores obligándoles a reaccionar y, viceversa, impidiéndoles actuar. Tenía ya muy claro que, debiendo ser el blanco de los ataques, más vale ser un blanco en movimiento que uno estático. Eso me protegía de una inmovilidad que indudablemente habría sido mi perdición.

No tengo problema en reconocer, retrospectivamente, que no elegí el tema más fácil para abrir aquel año político, ya que hablé de la justicia en general y, más concretamente, de la justicia penal. Me parecía, sin embargo, que mi ambición era perfectamente legítima.

tima, toda vez que nos habría situado, por fin, en conformidad con los grandes principios europeos consagrados por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, los cuales declaran contrario a todas las reglas de protección del derecho a la defensa el que un acusado se encuentre ante un juez que instruye y sentencia al mismo tiempo. Se ponía así finalmente sobre la mesa, después de tanto tiempo, la cuestión del juez de instrucción a la francesa, que ya no existe prácticamente en ninguna otra democracia.

De modo que fue el 7 de enero de aquel año 2009 cuando tomé la palabra en la sala de la cámara primera del Tribunal de Casación, tan cargada de historia y símbolos. En modo alguno me mostré, contra lo que pretende una leyenda por desgracia bastante extendida, «agresivo» con mis interlocutores; menos aún, provocador. Antes al contrario, teniendo en cuenta que, desde las primeras palabras de un discurso que había preparado minuciosamente —con la asistencia de mi brillante asesor de justicia Patrick Quart y su talentoso adjunto y exjuez Christophe Ingrain—, puse de relieve que yo era miembro de pleno derecho de la familia judicial debido a mi pertenencia a la abogacía desde 1981. Fui incluso más lejos al apelar a un auténtico diálogo entre el poder ejecutivo y el poder judicial. Y utilizar la palabra «poder» tenía su importancia, pues los padres fundadores de la Quinta República francesa encajonaron a los jueces en la expresión «autoridad judicial». Es decir: que, como buenos franceses, se veían relegados a un estatus inferior. De ahí las frustraciones tantas veces descritas...

Por último recordé mi total confianza en la justicia de nuestro país. Y añadí: «Quiero que esto quede claro. No es ninguna figura retórica consabida». No cabe decir que aquello fuesen palabras ambiguas o de circunstancia. Quise incluso volver sobre las críticas que había formulado en el pasado para aclarar que, en tales ocasiones, la idea no era estigmatizar a la institución judicial, sino constatar sus disfunciones «para que esta encuentre en sí misma los medios de resolverlas». Como prueba de mi absoluta buena fe, anuncié mi decisión de reformar el Consejo Superior de la Magistratura, empezando por retirarle su presidencia al presidente de la República, quien en breve sería reemplazado por el primer presidente del mencionado Tribunal de Casación. En todo lo cual no hay nada que justifique ningún tipo de recelo...

Para procedimientos judiciales penales, el principio europeo es muy sencillo: no puede ser la misma persona quien instruye una causa y quien la juzga. Se trata de una regla fundamental para cualquiera que esté comprometido con el respeto a los derechos humanos. (A eso se debe, de hecho, que Francia sea una de las últimas democracias europeas que siguen teniendo un juez de instrucción todopoderoso...) Cualquier observador dotado de un mínimo de buena fe habría tenido que prestar su apoyo a la propuesta. La izquierda, que tiene la costumbre de dar lecciones en materia de derechos humanos, habría tenido que encontrar en aquello un terreno a su medida para hacer valer esa generosidad suya tan conocida (al menos en el ámbito de los principios...).

Es resumen: que yo quería poner fin a un *modus operandi* inadecuado separando las funciones de la instrucción y la sentencia. No es razonable contar con que el juez que se encarga de la instrucción vele al mismo tiempo por la salvaguardia de los derechos de la persona investigada. Pero subestimé la importancia de mis «desaciertos del pasado» en la materia: en el pasado había osado criticar al juez de instrucción del caso Outreau. El cual resulta, sin embargo, que había mantenido en prisión durante varios años —ahí es nada— a trece inocentes, uno de los cuales se quitó la vida. Injustamente acusado en unas condiciones ignominiosas, el pobre hombre se suicidó sin que aquello conmoviese lo más mínimo al mencionado juez, quien ni siquiera tuvo a bien disculparse. Añádase que también me había enfrentado, cuando desempeñaba el cargo de ministro del Interior, con el presidente del Tribunal de Menores de Bobigny, Jean-Pierre Rosenczveig, a quien los delincuentes del departamento apodaban «el Enrollado», lo que da una idea de los sentimientos que inspiraba a aquellos que hubiesen debido temerle y veían en él, cuando menos, a un aliado benévolo. Curiosa concepción de sus funciones como juez encargado de la represión...

Es decir: que yo había cometido una especie de sacrilegio al criticar a algunos jueces cuyo compromiso político había ido claramente en detrimento de su capacidad para ejercer su oficio de manera, si no objetiva, sí por lo menos ecuánime. Porque en modo alguno me había permitido emitir un juicio global sobre la judicatura: simplemente había constatado algunas disfunciones a mi juicio chocantes. Pero haciéndolo, me había saltado una regla mediática



Carla... ¡sin comentarios!



Mi madre quería mucho a mi padre.



La única vez que tuve la cruz.
Se merecía una foto.